

"UNA", DE ELISA SERRANA

(Novela - Ed. Zig-Zag)

privilegiados. Nada cristianos y muy egoístas. A tal punto llega la audacia de Margot, que en vez de esperar ser solicitada en matrimonio, por un rico de su casta, ella le propone casorio.

Siempre hizo lo que quiso, sin pensar en los demás.

No caben dudas de que Elisa Serrana teje bien las imágenes subjetivas en la urdimbre de su libro, que no debe tener nada o muy poco de parecido con la aristocrática dama del suicidio. Se la lee con interés y la solapa explica que trata tres relatos superpuestos: recuerdo consciente, base de la narración; recuerdo inconsciente, escrito entre paréntesis y, las reflexiones de ambos expresadas en letra cursiva. Ello orienta al lector para no enredarse en un laberinto. El curso dramático del suicidio es demasiado largo, entre el ir y venir de los acontecimientos de la abismante vida de Margot. Vida cimentada en el egoísmo personal: "De mí no quedarán más que actos, escándalos, porque son más abultados que los amores, las soledades o las humillaciones. Algo de belleza y fracaso con mayúscula. Después de mi muerte agrandarán mi fracaso. No importa, mientras sea en grande. Aumentado. Ja, ja, ja... Como a mí me gusta. Muerte horrible, horrible, muerte que a todos disguste, muerte que sea el mayor de mis escándalos"...

Si, la bella Margot tiente para escribir sobre ella y su muerte.

Su patético suicidio es para inventar varias novelas. Tal vez todas diferentes y tal vez ninguna como la real.

Elisa Serrana la tomó con cariño, con escrúpulos sociales. Muy respetable, y le resultó una imantada obra superior a la mayoría de las de sus colegas. Merece felicitaciones.

Si algo pudiera criticársele sería que no aprovechara más la tragedia de la mujer que sólo se aferró a su belleza, destruyéndola la vejez. ¿Cabe algo más dramático que la mujer madura, aprisionada en su juventud, tratando de sostenerse en ella cuando ésta la ha abandonado? Más le sucedió a la heroína: debió regresar a su tierra y, al final de sus días, dice dolorosamente: "La gente en Chile se pone vieja, en Europa no. En París a nadie le sacan la edad".

Pero ella cuando va de Cerrillos a la ciudad se sorprende: "Se encontró con un ángulo brillante de su nariz, los poros levemente abiertos en una meji-



Elisa Serrana

lla bajo las bolsas moradas de sus ojos. Angustiada, como si por primera vez viera esa imagen, levantó la barbilla que, cual cumbre desde la que caen y se quiebran los faldeos de un cerro, servía de madre a las arrugas que cortaban en diversas formas su cuello". Eso le sucedía a Margot cuando cometió la única acción vil de su existencia: tratar de conquistar al marido de su hermana, la cual rivaliza siempre con ella y la odia secretamente.

A Margot, la conquistadora, hasta después de esos bochornos le acontecen aventuras. Los hombres la buscan. Su adorador de la pubertad, en su último viaje a Chile, como antaño, le declara: "Estás joven y pareces la muchacha..."

¿También él recordaba? Margot se ablandó, se dejó caer sobre el sofá. Era muelle y cabían ambos. "¿Y si golpean?" —pregunta ella—. "Está con llave" —responde él—. Ordena sus

prendas de vestir sobre el sillón. Margot se dejó tomar por el vacío y fue feliz. Dejarse llevar, dejarse sentir. Volver a ser joven. Provocar aún el deseo de un hombre".

La conquistadora atrae y la escritora obliga a leerla, sin respiros, y con un dejo de nostalgia. Con la voluptuosidad de Margot, que quiso subsistir en el recuerdo de unas páginas, tan atrayentes como las de "UNA".

Es el primer paso para que otros realicen el anhelo de su heroína de que su "muerte absurda sea la más grande de mis locuras, el mayor de mis desatinos. Grande, terrible. Desconcertante. Muerte atroz, denigrante, indigna, pero inolvidable". Que se comente, se grabe, circule y la haga perpetuarse siempre bella.

La autora ha cumplido con Margot, pero la novela cae al final, confusamente debilitada.

MATILDE LADRON DE GUEVARA